

Prometeo o la situación del hombre * ¹

Dicen los antiguos que el hombre fue hecho por Prometeo y que fue hecho de barro, sólo que Prometeo mezcló a la masa partículas de diversos animales. Como quería cuidar de su obra en beneficio propio y no ser visto sólo como el fundador del género humano, sino como su multiplicador, ascendió secretamente al cielo llevando consigo manojos de ramitas que acercó y encendió en el carro del Sol. Trajo así el fuego a la tierra y lo compartió con los hombres. Por tan gran servicio de parte de Prometeo, se dice que los hombres fueron poco agradecidos. Es más, urdieron una conspiración y denunciaron a Prometeo y su descubrimiento ante Júpiter. Este comportamiento no fue recibido del mismo

* El presente texto ha sido traducido por Argenis J. Gómez Pérez (profesor de la Universidad Central de Venezuela) tomando como fuente «Prometheus sive status hominis» (De sapientia veterum) en *The works of Francis Bacon*. Facsimile-Nendruck der Ausgabe von Spedding, Ellis und Heath, London 1857-1874, in Vier-zehn Bänden, Sechster Band. Friedrich Frommann Verlag Günther Holzbog, Stuttgart-Bad Canstatt, 1963, tomo VI, pp. 668-676.

¹ En este opúsculo Francis Bacon deduce, a partir de su particular interpretación de algunos mitos de la antigüedad clásica, su propia concepción acerca de la situación del hombre en el mundo, enfocada en tres aspectos: el intelecto y las artes; la religión, y las costumbres y fundamentos de la vida humana. Así el mito de Prometeo y el robo del fuego simboliza la capacidad de previsión de los dioses para con los hombres, ya que todo parece organizado con éste como centro; Bacon hace notar la reacción positiva de Júpiter frente a la acusación contra Prometeo, pues esta representa la eterna sed de conocimiento que caracteriza al hombre. Bacon denuncia, entonces, la veneración supersticiosa en que algunos tienen a la filosofía aristotélica, pues ahoga la crítica e impide la renovación. Con el cuento del burrito obligado a perder el regalo de los dioses —la juventud eterna— a cambio de un sorbo de agua, Bacon comprende que el hombre que investiga guiado por

modo que pudiera parecer justo, pues la acusación misma entró profundamente en el corazón de Júpiter y los dioses. Y así complacidos, no sólo accedieron a que los hombres utilizaran el fuego, sino que les obsequiaron un regalo inaudito, el más agradable y deseable de todos: la juventud perpetua. Los hombres, rebosantes de alegría pero torpes, cargaron a un burrito con el regalo de los dioses. En su regreso a casa el burrito sufría de una pesada y vehemente sed, hasta que llegó a una fuente que era custodiada por una serpiente. Esta le impidió beber, a menos que quisiera llegar a un acuerdo con eso que llevaba en el lomo, fuera lo que fuera. El pobre burrito tuvo que aceptar esta imposición y así, al precio de un pequeño sorbo de agua, la renovación de la juventud pasó de los hombres a las serpientes. Prometeo, sin desprenderse de su propia malicia, se reconcilió con los hombres después de que éstos perdieron su premio, y con el espíritu ulcerado contra Júpiter, no temió recurrir a engaños, incluso en los sacrificios. Dicen que una vez

la experiencia y un buen método, sin dejarse tentar por el lucro o la desesperación, se convierte en mensajero de las munificencias de los dioses.

El doble sacrificio burlesco ofrecido por Prometeo a Júpiter remite a la *religión*, es una manera simbólica de distinguir al hombre verdaderamente religioso y al hipócrita que se va por las ceremonias exteriores y atribuye a los dioses lo que no les corresponde. Por último, Bacon pasa a las costumbres y bases de la vida humana con el mito de Pandora y su enigmática cajita, símbolo del culto a los placeres inmediatos y sus consecuencias. Bacon llama la atención sobre los personajes de Prometeo y Epimeteo, paradigmas de dos actitudes esenciales: la de Epimeteo, seguidores del placer y lo inmediato, que desemboca en angustias si fin; y la de Prometeo, hombres capaces con visión de futuro, que se evitan muchos males, pero se privan de los placeres de la vida y son atormentados por el pensamiento. Prometeo encadenado en el Cáucaso sólo puede ser liberado por Hércules, es decir, por una libre decisión divina. Bacon cita en su apoyo a Virgilio y a Séneca, que contraponen la fragilidad del hombre y la consistencia de lo divino. El suplicio de Prometeo simboliza al hombre que envanecido por sus logros, intenta someter a su razón y sentidos la sapiencia divina, de lo que se deriva el desgarramiento del alma y el desasosiego permanente.

Los juegos con antorchas en honor a Prometeo suponen una enseñanza importante: el avance de las ciencias depende del trabajo de generaciones y no tanto del talento de uno solo. El hombre debe probar sus fuerzas y no depender del cerebro de unos pocos. Bacon cree que el mito de Prometeo contiene aspectos que lo ligan con el cristianismo, como el viaje de Hércules para liberar a Prometeo, asimilable a Jesús, encarnación divina, que viene a salvar al hombre. Pero Bacon no cree prudente seguir por este camino. (*N. del T.*)

inmoló dos toros a Júpiter, pero de tal manera que en la piel de uno metió la carne y la grasa de ambos, y rellenoó la otra piel sólo con huesos. Luego, aparentando devoción y benevolencia, ofreció su selección a Júpiter. Éste, detestando la astucia y mala fe de Prometeo y buscando un momento favorable para su venganza, eligió aquella burla con el toro. Y decidido a vengarse, se dio cuenta de que no podía castigar la insolencia de Prometeo (que con su obra se envanecía sin medida y se exaltaba), a no ser que castigase a todo el género humano, ordenó a Vulcano que construyera a una mujer bella y llena de encantos, a la que cada uno de los dioses le concedió sus dones y por eso la llamaron Pandora. A esta mujer le pusieron en las manos un elegante vasito en el que habían encerrado todos los males y miserias, pero en el fondo había quedado la Esperanza. Con su vasito, ella se dirigió primero a Prometeo tratando de sorprenderlo, si por casualidad este quería tomarlo y destaparlo, lo que Prometeo, cauto y astuto, rechazó. Por eso desvió lo que había sido rechazado hacia Epimeteo, hermano de Prometeo (pero de naturaleza muy distinta). Éste sin vacilar destapó el vaso temerariamente y cuando vio que males de todo tipo salían volando, sabio demasiado tarde, con gran esfuerzo y precipitación trató de ponerle la tapa al vaso. Sin embargo, apenas pudo salvar a la Esperanza, que se había quedado asentada en el fondo. Por último, Júpiter, atribuyendo a Prometeo muchos graves delitos: que una vez había robado el fuego; que había tomado a burla la majestad de Júpiter en aquel pérfido sacrificio; que Prometeo había despreciado su regalo. A todo esto se añadía una acusación más reciente: que había tratado de seducir a Palas [Atenea]. Entonces lo puso en cadenas y lo condenó a tortura perpetua. Por orden de Júpiter fue llevado al monte Cáucaso y allí atado a una columna, de manera que de ningún modo pudiera moverse. Había además, un águila que durante el día le picoteaba el hígado y lo consumía, pero durante la noche lo que había sido comido renacía, de modo que nunca le faltaba materia para su sufrimiento. Sin embargo, dicen que este suplicio por fin terminó, pues Hércules en un cuenco que recibió del Sol, atravesó el océano, llegó al Cáucaso, mató al águila con sus flechas y liberó a Prometeo. Entre algunos pueblos fueron instituidas carreras de portadores de antorchas en honor a Prometeo. En ellas los participantes llevaban antorchas encendidas, que cuando se apagaban pasaban la victoria a los que seguían, y se retiraban, de manera que sólo recibía premio aquel que había llegado a la meta con la antorcha encendida.

Esta fábula contiene muchas consideraciones ciertas e importantes que exhibe y disimula, pues algunas cosas en ella han sido convenientemente señaladas hace tiempo, en cambio otras nunca han sido tocadas. Prometeo clara y expresamente significa *Providencia*, pues en la totalidad de las cosas la única que los antiguos atribuyen a la providencia es la creación y constitución del hombre, como su obra exclusiva. Por esta razón no parece haber duda de que la naturaleza del hombre incluye la mente y el intelecto, sede de la providencia, y aunque parece de algún modo rudo e increíble estimular y hacer brotar de principios irracionales e insensibles la razón y la mente, de manera casi necesaria se concluye que al espíritu humano le fue puesta la providencia, no sin el ejemplo, la intención y la autorización de una providencia más grande. En verdad, se propone sobre todo esto: que en lo que respecta a las causas finales el hombre es como el centro del mundo, de tal manera que si se substraen al hombre de las cosas, todo el resto parece vagar y fluctuar sin propósito y ser lo que llaman una escoba deshecha, sin finalidad, pues todas las cosas sirven al hombre y este toma y saca provecho y beneficio de cada una de ellas. En efecto, las revoluciones y períodos de los astros le sirven para distinguir las estaciones y para distribuir las regiones del mundo; las apariciones en el cielo, para pronosticar el tiempo; y los vientos ya para navegar, ya para las muelas [de molino], ya para sus máquinas. Las plantas y animales de todo tipo sirven para domicilio y escondite del hombre o para su vestimenta, para su sustento, para sus medicinas, para aliviar sus trabajos y finalmente para su delectación y consuelo, de modo que, en una palabra, todo parece no seguir su propio interés sino el del hombre. Y no por casualidad añadieron a aquella masa o materia partículas sacadas de diferentes seres animados y con aquel barro se mezclaron y confundieron; porque es muy cierto que de todas las cosas que llenan el universo el hombre es la más apropiada, no sin motivo los antiguos lo llamaron Mundo Pequeño, pues aunque los químicos literalmente aceptaron y deformaron la elegancia de la palabra *microcosmos* con excesiva torpeza cuando sostienen que en el hombre subyacen todos los minerales, todos los vegetales, etc., o algo parecido a eso. Sin embargo, queda firme y sólido lo que hemos dicho; que de todos los entes el cuerpo del hombre es el más mezclado y el más mecánico. Por eso desarrolla facultades y talentos admirables. Las fuerzas de los cuerpos simples son pocas aunque ciertas y rápidas, pues siendo muy poco forzadas por la fusión, existen disminuidas y balanceadas: la abundancia de poder y la excelencia residen en la composición y la mezcla. No

obstante, en sus orígenes el hombre parece ser una cosa desnuda, indefensa, lenta para ayudarse a sí misma y en fin, que carece de muchas cosas. Por eso se apresuró Prometeo a descubrir el fuego, que basta para casi todas las necesidades y usos del hombre y le brinda consuelo y asistencia: así como el alma merece ser una cosa desnuda, indefensa, lenta para ayudarse a sí misma y en fin, que carece de muchas cosas. Por eso se apresuró Prometeo a descubrir el fuego, que basta para casi todas las necesidades y usos del hombre y le brinda consuelo y asistencia: así como el alma merece ser considerada como la forma de las formas y la mano el instrumento de los instrumentos, así el fuego merece ser llamado el auxilio de los auxilios, o el poder de los poderes. Por él cuántas operaciones se efectúan, por él las artes mecánicas y las ciencias mismas son ayudadas de infinitos modos.

La manera como se describe el robo del fuego es apropiada y acorde con la naturaleza del asunto. El fuego vino de una rama de hinojo acercada al carro del Sol. La rama de hinojo se presta para los golpes y las heridas, por lo que muy bien puede significar que el surgimiento del fuego se realiza a partir de golpes violentos y colisiones de los cuerpos entre sí, con lo que se suaviza la materia, se ponen en movimiento y se preparan para recibir el calor de los cuerpos celestes; y que el fuego lo roban del carro del Sol por medios clandestinos y casi en secreto.

Luego sigue una parte notable de la parábola: que los hombres, en lugar de volverse hacia la congratulación y la acción de gracias, se volvieron hacia la indignación y la queja y promovieron ante Júpiter una acusación contra Prometeo y el fuego; y que este hecho fue de tal manera grato a Júpiter, que por eso no mas acumuló nuevas muniticencias a las comodidades de los hombres. Porque ¿cómo podía esta ingratitud hacia su propio creador (un vicio que encierra en sí mismo a casi todos los otros) merecer aprobación y recompensa? El asunto parece mirar hacia otra parte. La alegoría quiere decir esto: que la acusación hecha por los hombres contra su propia naturaleza y arte, viene del mejor estado de su mente y se inclina hacia el bien. Lo contrario es rechazado por los dioses y es de mal augurio, pues quienes exhiben desmesuradamente la naturaleza humana y los talentos que han recibido y se deshacen de admiración por aquellos que tienen y poseen y quieren considerar que las ciencias que profesan y cultivan son absolutamente perfectas, éstos, en primer lugar, son poco reverentes frente a la naturaleza divina, a cuya perfección equiparan la suya propia. En segundo lugar, respecto a los hombres, son más improductivos ya que piensan que ya han alcanzado la cumbre de las cosas y como ya han cumplido,

no tienen que buscar más allá. En cambio, aquellos que denuncian y acusan a la naturaleza y las artes y están llenos de quejas, en verdad estos cobijan dentro de sí un modo de sentir más modesto y constantemente son empujados a nuevas actividades y nuevos hallazgos. Por eso cuánto más me place admirar la ignorancia de la gente y su malvado genio, despreciables esclavos de la arrogancia de unos pocos, que tienen en gran veneración esa filosofía de los peripatéticos, simple porción de la sapiencia griega y ni siquiera grande, de manera que han considerado toda crítica a ella, no sólo como inútil, sino como digna de sospecha y casi peligrosa. Son más dignos de elogio Empédocles como delirante y Demócrito con su gran modestia, quienes se lamentan de que todo es abstruso, que no sabemos nada, que no discernimos nada, que la verdad está sumergida en pozos profundos, que lo verdadero está mezclado y retorcido con lo falso de manera admirable (en verdad la Academia Nueva rebasó completamente la medida). Son más dignos de elogio que la escuela de Aristóteles, segura y afirmativa. Y por esto hay que advertir a los hombres que las acusaciones contra la naturaleza y contra el arte son gratas a los dioses y obtienen nuevas limosnas y obsequios de la benevolencia divina; y que la acusación contra Prometeo, nuestro fundador y maestro, aunque sea violenta y vehemente, es más sana y útil que fundirse en manifestaciones de agradecimiento. En fin, que la ilusión de abundancia hay que ponerla entre las máximas causas de la escasez.

En cuanto al tipo de regalo que según dicen han recibido los hombres en premio de su acusación (evidentemente la flor de la juventud inmarcitable) es tal que, según parece, los antiguos no desesperaron en cuanto a los medios y medicinas para retardar la vejez y prolongar la vida, sino que lo enumeraron por cierto más bien entre aquellas cosas que aunque aceptadas una vez, por la indolencia y negligencia de los hombres han desaparecido o nos han decepcionado, más bien que entre aquellas que nos han sido negadas completamente o nunca más fueron concedidas. Esto significa y muestra que con el correcto uso del fuego y los errores del arte bien y valientemente denunciados y refutados, con estos dones la munificencia divina no le faltó a los hombres; que éstos faltaron a sí mismos cuando pusieron en el lomo de un burrito perezoso y de paso lento este regalo de los dioses. La experiencia parece ser eso, una cosa estúpida y lenta, de cuyo paso retardado y como de tortuga nació aquella antigua queja de que «la vida es breve y el arte prolongado». Y ciertamente nosotros somos de la opinión de que aquellas dos facultades, la dogmática y la empírica, hasta ahora no han

sido bien unidas y acopladas, sino que los nuevos regalos de los dioses se han dejado a filosofía abstractas como un ligero pájaro, o a experiencias lentas y demoradas como el burrito de la fábula. Sin embargo, no hay que vaticinar mal acerca de este burrito, pues allí intervino ese accidente del camino y su sed. Estimamos pues, que si alguien lucha constantemente guiado por la experiencia, con cierta norma y método, y en su camino no hace experimentos que conduzcan al lucro, o es poseído por el afán de agotar su sed de tal manera que para proporcionarse estas cosas tenga que deponer su carga o separarse de ella, este hombre será un mensajero útil para munificencias divinas nuevas y aumentadas.

En cuanto a que aquel regalo haya pasado a las serpientes, eso parece ser una añadidura a la fábula, un adorno casi gratuito, a no ser que se haya insertado para vergüenza de los hombres, quienes con aquel fuego y tantas artes no han podido adquirir para sí cosas que la naturaleza misma ha obsequiado a tantos otros animales. Incluso aquella súbita reconciliación de los hombres con Prometeo, después de haber perdido toda esperanza, contiene una advertencia útil y sabia, pues señala la ligereza e inconsciencia de los hombres cuando se trata de experimentos nuevos: si estos no terminan exitosamente enseguida y no responden a sus deseos, abandonan a prisa lo comenzado, se precipitan hacia lo viejo y se reconcilian con eso.

Habiendo así descrito la situación del hombre respecto a las artes y asuntos intelectuales, la parábola pasa a la religión, pues el culto a las cosas divinas acompañó al cultivo de las artes. Ella se apoderó de él enseguida y lo manchó con sus hipocresías. Por eso bajo aquel doble sacrificio se representa elegantemente a la persona del que es verdaderamente religioso y el que es hipócrita, pues en uno está la grasa, ciertamente una porción de Dios porque puede encenderse y perfumar, con lo que se simboliza el afecto y el fervor encendido para gloria de Dios y que se dirige hacia lo alto: ahí están las vísceras de la caridad, ahí está la carne buena y útil. En el otro sacrificio no hay sino huesos secos y desnudos, que aunque llenan la piel e imitan una víctima magnífica y bellísima, con ellos se señalan correctamente los ritos externos y vacíos y las ceremonias famélicas con las que los hombres abrumen el culto divino y lo hinchán, cosas más a propósito para la ostentación que para los que practican la devoción. Y no basta a los hombres ofrecer de este modo burlescos a Dios, sino que se les imponen y se las imputan a él, como si él mismo las hubiera elegido y prescrito. Acerca de esta elección, sin embargo, el profeta, asumiendo el papel de Dios, exige: *¿Acaso es este*

finalmente aquel ayuno que ELEGÍ para que el hombre afligiera su alma por un solo día y bajara la cabeza como los juncos?

Después de haber tratado la situación de la religión, la parábola se vuelve hacia las costumbres y fundamentos de la vida humana. Pues bien, se ha divulgado y sin embargo planteado correctamente, aquello de que Pandora simboliza el placer y la sensualidad, que después de las artes, el culto y el lujo de la vida civil han ardido como si fueran un regalo del fuego. Por eso se le adjudica a Vulcano, que de la misma manera representa al fuego, la hechura del placer. De ella, en cambio, fluyeron males infinitos para las almas, cuerpos y fortunas de los hombres, al mismo tiempo que un tardío arrepentimiento, males no sólo en la situación de cada quien sino en la de reinos y repúblicas. De la misma fuente forzaron su nacimiento guerras, tumultos y tirantes, pero vale la pena señalar de qué bella y elegante manera ha pintado la fábula los dos fundamentos de la vida humana a modo de tablas de referencia o ejemplos en los personajes de Prometeo y Epimeteo: quienes siguen la secta de Epimeteo, estos desprevenidos que no ven más allá, que tienen como primeras las cosas agradables del momento y por eso en verdad son agobiados por muchas angustias, dificultades y calamidades con las que luchan casi perpetuamente. Entretanto, sin embargo, aplacan su genio y por añadidura, por su desconocimiento de las cosas, revuelven en su alma muchas esperanzas vacías con las que, sin embargo, se deleitan como si fueran ensueños agradables y condimentan así las miserias de sus vidas. En cambio, la escuela de Prometeo, hombres ciertamente competentes y que miran hacia el futuro, apartan y rechazan con prudencia muchas cosas evidentemente malas y muchos infortunios. Pero con este bien va añadido un mal: que se privan de muchos placeres y de la variada alegría de las cosas, contrarían a su propio genio y lo que es mucho peor, se atormentan y agobian con preocupaciones, inquietud y temores interiores atados a la columna de la necesidad, son atormentados por innumerables pensamientos (que porque son muy como pájaros son representados por el águila) que le punzan, le muerden y le corroen el hígado, a no ser que alguna vez por casualidad, así como durante la noche, consiguen un exiguo alivio y tranquilidad del alma. Enseguida, sin embargo, están de vuelta nuevas ansiedades y temores. Y por eso el beneficio de una y otra suerte toca a muy pocos, a quienes han retenido las ventajas de la previsión y se han liberado de los males de la angustia y la perturbación. Pero nadie puede lograr esto sino a través de Hércules, es decir, por la fuerza y constancia del alma, que preparada para todo

evento y serena ante cualquier destino, mira sin miedo, disfruta sin saciedad y tolera sin impaciencia. En fin, hay que hacer notar que en Prometeo esta virtud no es innata sino venida de afuera y por trabajo ajeno, pues ninguna fuerza no nacida o natural parece igual a esta cosa tan grande. Esta virtud fue recibida y traída desde más allá del océano y del sol, pues proviene de la sabiduría como de un sol, y de la meditación acerca de la inconstancia de las ondas de la vida humana, que es como la navegación en el océano. Virgilio unió bien estas dos cosas:

Feliz quien de las cosas conocer pudo las causas,
Y todos los miedos y el inexorable destino
Rindió a sus pies, y el estrépito del avaro Aqueronte².

De manera elegantísima se añade, para consolar y afirmar el espíritu de los hombres, que ese gran héroe navegó en un vaso o cuenco quizás para que no temiesen demasiado los agobios y la fragilidad de su propia naturaleza y no la utilizaran como pretexto, como si no fuera en absoluto capaz de fortaleza y confianza de este tipo. Acerca de esto mismo Séneca auguró acertadamente cuando dijo: *Es algo grande tener al mismo tiempo la fragilidad del hombre y la seguridad del dios.*

Pero retrocedamos ya hacía algo que hemos olvidado deliberadamente para no separar abruptamente cosas que están conectadas entre sí, es decir, ese último crimen de Prometeo, que había ofendido el pudor de Minerva, pues por este delito, ciertamente el más grande y el más grave, sufrió aquel castigo consistente en el desgarramiento de sus entrañas. Esto no parece ser otra cosa que los hombres envanecidos con sus artes y mucha ciencia, que intentan demasiado a menudo someter a los sentidos y a la razón la sapiencia divina, de lo que se deriva segurísimamente la laceración del alma y la instigación perpetua e incesante. Por eso hay que distinguir entre las cosas humanas y las divinas con mente sobria y humilde, entre los oráculos de los sentidos y los de la fe, no vaya a ser que por azar los hombres tengan en su corazón una religión herética y una filosofía fantasiosa.

Queda, por último, lo referente a los juegos con antorchas encendidas en honor a Prometeo. Esto de nuevo tiene que ver con las artes y las ciencias, así

² Tomado de Publio Virgilio Marón (1963): *Geórgicas*. Introducción, versión rítmica y notas de Rubén Bonifaz Nuño. México, Universidad Nacional Autónoma de México, libro II, 490-493. (*N. del T.*)

como aquel fuego a cuya memoria y celebración fueron instituidos juegos de este tipo, y contiene en sí una advertencia sumamente sabia: que la perfección de las ciencias hay que esperarla de una sucesión, y no de la rapidez o facilidad de uno solo. En efecto, los que son más veloces y más fuertes para la carrera y la lucha, son quizá menos hábiles para conservar su antorcha encendida, ya que en una carrera rápida, lo mismo que en una demasiado lenta el peligro de que la antorcha se apague siempre se cierne sobre ellos. Estas carreras de luces y estas luchas parecen haber cesado hace tiempo, sobre todo cuando se comprende que las ciencias con algunos de sus fundadores: Aristóteles, Galeno, Euclides, Ptolomeo, florecieron al máximo. Pero sus sucesores no hicieron nada grande o casi ni lo intentaron. En fin, habría que desear que esos juegos en honor a Prometeo, es decir, a la naturaleza humana, se restauraran y que la lucha, la competencia y la buena suerte fueran aceptadas y no se dependiera de la antorcha temblorosa e inquieta de uno solo. Por eso hay que advertir a los hombres que ellos mismos se despierten y prueben sus fuerzas y alternativas, y no pongan todo en las pequeñas almas y sesos de unos pocos.

Estos son aspectos que parecen esbozados en esta fábula vulgar y repetida, y sin embargo no nos engañemos; en ella subyacen no pocos que confirman los misterios de la fe cristiana con sorprendente concordancia: primero que nada aquel viaje de Hércules en un cuenco para liberar a Prometeo, parece presentar una imagen de la palabra de Dios, que en la carne, como en un frágil vasito, se da prisa para redimir al género humano. Pero en esta asignatura nosotros mismos nos prohibimos toda licencia, no sea que por casualidad utilicemos un fuego extraño en el altar del Señor.